

ESCUCHA, PEQUEÑO HOMBRECITO
WILHELM REICH



<http://www.librodot.com>

Hacéis el buen apóstol
y os burláis de mi,

¿De qué está hecha vuestra
política desde que gobernáis el
mundo? De puñaladas y
masacres.

CHARLES DE COSTER
Ulenspiegel

¡ESCUCHA, PEQUEÑO HOMBRECITO! no es un documento científico sino un documento humano. Fue escrito en el verano de 1945 para los archivos del Instituto Orgonómico y no estaba destinado a publicarse. Es el resultado de las tempestades y luchas internas de un científico y médico natural que ha observado durante decenios -primero como ingenuo espectador, después con asombro y por fin con horror-, lo que el hombre de la calle se *inflinge a sí mismo*, cómo sufre y se rebela, cómo admira a sus enemigos y asesina a sus amigos; cómo en el mismo momento en que, asumiendo la función de *representante del pueblo*, accede al poder, lo ejerce con mayor crueldad que la que él mismo sufrió anteriormente por el sadismo de las clases dominantes.

Estas «charlas» dirigidas al Pequeño Hombrecito fueron una réplica silenciosa al comadreo y la calumnia. Durante décadas, la plaga emocional ha intentado una y otra vez impedir las investigaciones sobre el orgón (y digo bien, impedir las con calumnias y no probar que fueran desatinadas). Ahora bien, de la investigación sobre el orgón dependen en gran parte la vida y la salud del hombre. Esto es lo que justifica la publicación de estas «charlas» a título de documento histórico. Es necesario que el hombre de la calle aprenda lo que pasa en un laboratorio de investigación, que sepa cómo lo ven los ojos de un siquiatra experimentado. Debe tomar contacto con la realidad, pues ésta es la única capaz de contrarrestar su pernicioso anhelo de autoridad. Debe darse cuenta de la *responsabilidad* que asume cuando trabaja, ama, odia o se entrega al cotilleo. Debe saber cómo se puede convertir en fascista, ya sea de la variedad roja o negra. Es imprescindible que quien luche por la salvaguardia de la vida y por la protección de nuestros hijos (que son nuestra única esperanza) debe ser tan adversario del fascista rojo como del negro. No porque el fascismo rojo, como anteriormente el fascismo negro, tenga una ideología asesina, sino porque de niños sanos y llenos de vida hace lisiados, robots, idiotas morales; porque para él, el Estado está antes que el derecho,

la mentira antes que la verdad, la guerra antes que la vida. Existe algo a lo que tanto el educador como el médico deben estricta lealtad: el impulso vital en el niño y en el enfermo. Si se atienen a esta lealtad, los grandes problemas de «política exterior» encontrarían también una fácil solución.

Estas «charlas» no tienen la pretensión de servir de esquema existencial a nadie. Relatan las tempestades de la vida emocional de un individuo productivo y feliz. No se proponen convencer o convertir. Describen una experiencia, lo mismo que el pintor describe una tempestad. El lector no está obligado a demostrar entusiasmo. Puede leerlas o dejarlas. No contienen intenciones proselitistas ni programa alguno. Simplemente reclaman para el investigador y pensador el derecho a tener reacciones personales (derecho que no se niega ni al poeta ni al filósofo). Es una protesta contra la oculta y no reconocida pretensión de la plaga emocional de disparar flechas envenenadas al investigador inclinado sobre su trabajo, desde un lugar bien emboscado y protegido. Revelan la naturaleza de la plaga emocional, sus formas de actuar y frenar todo progreso. Proclaman la confianza en los inmensos tesoros inexplorados que se esconden en el fondo de la «naturaleza humana» y que están prestos para colmar las esperanzas de los hombres.

Lo vital, en sus relaciones sociales y humanas, es ingenuo y amable, y precisamente por eso está amenazado en las actuales condiciones. Parte de la idea de que el compañero observa las leyes de la vida, es amable, servicial y generoso. El individuo amable se imagina que todo el mundo es amable y actúa en consecuencia. El apestado cree que todos los hombres mienten, engañan, traicionan y codician el poder. Por lo tanto, mientras exista la plaga emocional, la actitud fundamentalmente natural del niño sano o la del hombre primitivo, constituye el mayor peligro para la lucha por un orden de vida verdaderamente racional, ya que el individuo apestado también atribuye a sus semejantes rasgos de su propia manera de pensar y actuar. No hace falta decir que en estas condiciones lo vital queda en desventaja y amenazado. Cuando el individuo se muestra generoso con el apestado, éste lo exprime y luego lo desprecia y traiciona; cuando actúa confiadamente, es engañado.

Siempre fue así. Ya es hora de que la vida se endurezca allí donde la dureza es indispensable en la lucha por su propia defensa y desarrollo; obrando así, no perderá su bondad, a condición de tener el coraje de permanecer veraz. Lo que alimenta nuestra esperanza es el hecho de encontrar entre millones de individuos activos y honestos, *solamente un puñado* de apestados que provocan desgracias sin nombre apelando a los impulsos oscuros y peligrosos del individuo acorazado, encuadrado en la masa y al que empujan al asesinato político organizado. Sólo existe un remedio contra los gérmenes de la plaga emocional en el individuo encuadrado en la masa: su propia percepción de la vida misma. Lo vital no pide poder, sino la posibilidad de jugar su propio papel en la vida humana. Esta se fundamenta en tres pilares que se llaman: amor, trabajo y conocimiento.

Aquel que tiene que proteger a lo vital contra los atentados de la plaga emocional, debe aprender a servirse, para el bien, del derecho a la libertad de expresión que gozamos en los Estados Unidos, así como la plaga emocional lo utiliza para el mal. Cuando la libertad de expresión esté asegurada para todos, el orden racional acabará por imponerse. Y esta esperanza no es despreciable.(*)

(*). Recordemos que en 1945 (fecha en que W. R. escribió este libro) EE.UU. para los europeos era la panacea de la libertad. Y Reich, expulsado de varios

países de Europa, al poder residir en los EE.UU., al poder publicar sus libros, y dar clase en la Universidad, se dejó también contagiar por este espejismo. Pero prácticamente vivirá él mismo su equivocación.

ESCUCHA, PEQUEÑO HOMBRECITO!

Te llaman «Pequeño Hombrecito», «Hombre Común»; dicen que ha empezado una nueva era, «la era del Hombre Común». No eres *tú* quien lo dice, Pequeño Hombrecito, sino *ellos*: los vicepresidentes de las grandes naciones, los líderes obreros que han hecho carrera, los hijos arrepentidos de los burgueses, los hombres de Estado y los filósofos. Te dan tu futuro pero no tienen en cuenta tu pasado.

Eres un heredero de un pasado horrible. Tu herencia es un diamante incandescente entre tus manos. Esto es lo que yo te digo.

Cada médico, zapatero, técnico o educador debe conocer sus debilidades si quiere trabajar y ganarse la vida. Desde hace algunos años, has comenzado a asumir el gobierno de la tierra. El futuro de la humanidad depende pues de tus pensamientos y de tus actos. Pero tus profesores y maestros no te dicen lo que eres y piensas realmente; nadie se atreve a formularte la única crítica que te haría capaz de tomar en tus manos tu propio destino. Sólo eres «libre» en un sentido: libre de toda preparación para gobernar tu propia vida, libre de toda autocrítica.

Jamás he escuchado de tu boca este reproche: «pretendéis convertirme en mi propio maestro y el maestro del mundo, pero no me reveláis cómo se llega a ser maestro de sí mismo ni me decís cuáles son los errores en mi manera de ser, de pensar y de actuar».

Permites que los hombres en el poder asuman la autoridad sobre el «Pequeño Hombrecito». Pero no dices nada. Confías a los poderosos o a los impotentes -animados de las peores intenciones-, el poder hablar en tu nombre. Te darás cuenta demasiado tarde que una y otra vez te estás equivocando.

Te comprendo. Innumerables veces te he visto desnudo, física y síquicamente, sin máscara, sin carnet de miembro de un partido político, sin tu «popularidad». Desnudo como un recién nacido, como un mariscal en calzoncillos. Te has lamentado ante mí, has llorado, me has hablado de tus aspiraciones, de tu amor y de tu tristeza.

Te conozco y te comprendo. Te voy a decir cómo eres, Pequeño Hombrecito, ya que creo honestamente en tu gran futuro. ¡No hay duda de que te pertenece! En primer lugar mírate a tí mismo. Mírate tal como eres realmente. Escucha lo que ninguno de tus *führers* y tus representantes se atreve a contarte.

Eres un «*pequeño hombrecito medio*». Reflexiona bien el doble sentido de estas dos palabras «pequeño» y «medio»...

¡No huyas! ¡Ten el coraje de mirarte a tí mismo!

«Qué derecho tienes para darme lecciones?» Puedo ver esta pregunta en tu mirada temerosa. La oigo de tu arrogante boca, Pequeño Hombrecito. Tienes miedo de mirarte, tienes miedo de la crítica, Pequeño Hombrecito, lo mismo que tienes miedo de la potencia que se te promete. No sabrías utilizarla. No puedes imaginarte que un día podrías sentirte de distinta forma: libre y no

acobardado, sincero y no traicionero; que puedes amar en pleno día y no clandestinamente como un ladrón en la noche. Tú mismo te desprecias, Pequeño Hombrecito. Dices: «¿Quién soy yo para tener una opinión personal, para decidir mi vida, para decir que el mundo me pertenece? Tienes razón: ¿Quién eres tú para reclamar tu propia vida? Te voy a decir lo que eres:

Te distingues de los hombres realmente grandes, sólo por un rasgo. El gran hombre ha sido como tú un pequeño hombrecito, pero ha desarrollado una cualidad importante: ha aprendido a ver dónde era pequeño en su pensamiento y en sus acciones. En la realización de una tarea escogida por él mismo ha aprendido a darse cuenta de la amenaza que representaba su pequeñez y su mezquindad. Entonces el gran *hombre sabe cuándo y en qué es pequeño. El Pequeño Hombrecito no sabe que es pequeño y tiene miedo de saberlo*. Cubre su pequeñez y debilidad con fantasías de fuerza y grandeza -la fuerza y la grandeza de otros *hombres*-. Está orgulloso de sus grandes generales, pero no de sí mismo. Admira las ideas que *no* tuvo y no las que sí pensó. Cree mucho más en las cosas que no comprende, y no cree en la veracidad de las ideas que entiende más fácilmente.

Empezaré por el pequeño hombrecito en mí mismo:

Durante veinticinco años, he sido defensor, con mi palabra y con mis libros, de tu *derecho a la felicidad en este mundo*; te acusé de tu falta de habilidad para adueñarte de lo que te pertenece, para consolidar lo que habías conquistado luchando duramente en las barricadas de París y Viena, en la emancipación de los Estados Unidos, en la Revolución Rusa. Tu París ha desembocado en Petain y Laval, Viena en Hitler, Rusia en Stalin, y la independencia americana podría acabar en el régimen de los K.K.K. Sabías mejor cómo conquistar tu libertad que cómo conservarla para tí y para los demás. Esto lo sé desde hace mucho tiempo. Lo que no podía comprender era por qué cada vez que, tras ardua lucha, habías conseguido salir de la ciénaga, te metías en otra peor. Pero poco a poco y tanteando, descubrí lo que hacía de ti un esclavo: ERES TU PROPIO POLICIA. *Nadie*, nadie excepto tú mismo es responsable de tu esclavitud. ¡Sólo tú, y nadie más!

Te sorprende ¿Verdad? Tus liberadores te cuentan que tus represores son Guillaume, Nicolás, el Papa Gregorio, Morgan, Krupp o Ford. Y que tus liberadores se llaman Mussolini, Napoleón, Hitler, Stalin.

Yo te digo: ¡Sólo tú puedes ser tu liberador!

Esta frase me hace dudar... Pretendo ser un luchador de la pureza y la verdad. Y he aquí que titubeo en el mismo instante en que me dispongo a decirte la verdad sobre ti, porque tengo miedo de ti y de tu actitud frente a la verdad.

Decir la verdad sobre ti es peligroso para la vida. La verdad es salvadora de la vida, pero se convierte en objeto de pillaje de todas las mafias. Si esto no fuera así, no serías lo que eres ni estarías donde estás.

Mi intelecto me dice: «Di la verdad cueste lo que cueste». El Pequeño Hombrecito que hay en mí dice: «es estúpido exponerse, ponerse a merced del Pequeño Hombrecito. El Pequeño Hombrecito no quiere oír la verdad sobre sí mismo. No quiere asumir la responsabilidad que le corresponde. Quiere seguir siendo un Pequeño Hombrecito o llegar a ser un pequeño gran hombre. Quiere enriquecerse o llegar a ser un líder político, o comandante de la legión o secretario de la sociedad para la abolición del vicio. Pero no quiere asumir la responsabilidad de su trabajo, del abastecimiento, de la construcción de viviendas, de los transportes, de la educación, de la investigación, de la administración... o de cualquier otra cosa.»

El Pequeño Hombrecito que hay en mí dice:

«Te has convertido en un gran hombre, conocido en Alemania, Austria, Escandinavia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Palestina, etc... Los comunistas te combaten. Los «guardianes de los valores culturales» te odian. Tus estudiantes te aman. Tus antiguos enfermos te admiran. Los afectados por la plaga emocional te siguen. Has escrito doce libros y cincuenta artículos sobre la miseria de la vida, la miseria del Pequeño Hombrecito. Tus descubrimientos y teorías se enseñan en las universidades; otros hombres, que comparten tu grandeza y soledad, dicen que eres un hombre muy grande. Eres comparado a los gigantes intelectuales de la historia de la ciencia. Has hecho el mayor descubrimiento de estos últimos siglos, porque has descubierto la energía vital cósmica y las leyes de funcionamiento de la vida. Has explicado el cáncer. Te han echado de un país a otro porque continuamente has proclamado la verdad. ¡Ahora relájate! ¡Ya no te preocupes más!. Disfruta los resultados de tus esfuerzos, goza de tu celebridad.

Dentro de poco tu nombre será reconocido en todas partes. ¡Ya has trabajado bastante! Quédate tranquilo y sigue buscando la ley funcional de la naturaleza.

Así habla el Pequeño Hombrecito que hay en mí y que tiene miedo de ti Pequeño Hombrecito.

Durante mucho tiempo estuve en estrecho contacto contigo porque conocía tu vida por mi propia experiencia y quería ayudarte. Mantuve este contacto porque me daba cuenta que te ayudaba efectivamente y que tú reclamabas mi ayuda, a menudo derramando lágrimas. Poco a poco entendí que aceptabas mi ayuda, pero que eras incapaz de defenderla. Te defendí y llevé a cabo duros combates en tu lugar. Luego llegaron tus *führers* que destruyeron mi obra. No decías una palabra y los seguías. Ahora mantengo el contacto contigo para ver como podría ayudarte sin perecer convirtiéndome, ya en tu *Führer*, ya en tu víctima. El Pequeño Hombrecito que hay en mí, querría persuadirte, «salvarte» y querría ser mirado por ti con esa misma veneración que sientes por las «matemáticas superiores», porque no tienes la menor idea sobre lo que tratan. Cuanto menos comprendes más dispuesto estás a venerar. Conoces mejor a Hitler que a Nietzsche, a Napoleón que a Pestalozzi. Un rey tiene más importancia para ti que Sigmund Freud. Al Pequeño Hombrecito que hay en mí le gustaría conquistarte con los mismos métodos que emplean tus *führers*. Te tengo miedo cuando es el Pequeño Hombrecito que hay en mí quien quiere «conducirte hacia la libertad». Podrías identificarte conmigo y yo contigo. Asustarte y matarte en mí. Por eso no estoy dispuesto a morir por tu libertad de ser esclavo de no importa quién.

Sé que no puedes entender lo que acabo de decir: «Libertad de ser esclavo de no importa quién»; admito que no es una cuestión sencilla.

Para no seguir siendo esclavo de un *único amo* y convertirse en el de *no importa quién* primero es necesario eliminar a este opresor individual, digamos el zar. Sin embargo, no se podía ejecutar este asesinato político sin grandes ideales de libertad, sin móviles revolucionarios. Se funda entonces un partido revolucionario de liberación bajo la dirección de un hombre realmente grande, digamos Jesús, Marx, Lincoln o Lenin. El verdadero gran hombre se toma muy en serio tu libertad. Para instaurarla en la práctica necesita rodearse de muchos pequeños hombres, de ayudantes y aventureros ya que él no puede acometer solo esta obra gigantesca. Por otra parte, no le comprenderías y lo dejarías caer si no se hubiera rodeado de pequeños

grandes hombres. Rodeado de éstos, conquista el poder para ti, o un trozo de verdad, o una fe nueva y mejor. Escribe evangelios, manifiestos de libertad, etc., y cuenta con tu ayuda y seriedad. Te arranca de tu ciénaga social. Para mantener juntos a tantos pequeños grandes hombres, para no perder tu confianza, el verdadero gran hombre debe sacrificar poco a poco su grandeza que sólo era capaz de salvaguardar en la más absoluta soledad espiritual, lejos de ti y de tu ruidosa existencia -y sin embargo en estrecho contacto con tu vida-. Para poder conducirte debe aceptar que lo transformes en un Dios inaccesible. No le tendrías confianza si continuara siendo el hombre sencillo que era, el hombre que puede amar a una mujer sin necesidad de un certificado de matrimonio. En este sentido únicamente *tú* eres el que creas a *tú nuevo* amo. Promovido al papel de «nuevo amo», el gran hombre pierde su grandeza, pues su grandeza se basaba en su honradez, sencillez, valor, y en un contacto real con la vida. Estos pequeños grandes hombres cuya grandeza se deriva del gran hombre, acaparan altos cargos de las finanzas, la diplomacia, el gobierno, las ciencias y las artes, y *tú* permaneces donde estabas: en la ciénaga. Continúas vestido andrajosamente por un «futuro socialista» o un «Tercer Reich». Sigues viviendo en casas sucias con techos de paja y paredes de estiércol. Pero estás orgulloso de tu palacio de cultura. Te conformas con la *ilusión* de gobernar hasta la próxima guerra y la caída de los *nuevos* amos.

En naciones distantes, pequeños hombres han estudiado concienzudamente tu desesperación por ser el esclavo de no importa quién y así han aprendido cómo se puede llegar a ser un pequeño gran hombrecito con muy poco esfuerzo intelectual. Estos pequeños grandes hombrecitos provienen de *tu* medio ambiente, y no de palacios y mansiones. Han padecido hambre y sufrido como *tú*. Acortaron el proceso de cambiar de amos. Han aprendido que cien años de duro trabajo intelectual por tu libertad, de sacrificio personal por tu felicidad, e incluso el dar la propia vida, era un precio demasiado alto para tu nueva esclavitud. Lo que los grandes pensadores de la libertad habían elaborado y sufrido en un siglo podía ser destruido en menos de cinco años. Entonces estos pequeños hombrecitos de *tu* medio ambiente -acortan el proceso: lo hacen más abierta y brutalmente. Incluso te explican de diversas formas que *tú* y *tu* vida, *tu* familia y *tus* hijos, no valéis *nada*, que eres estúpido y servicial que se puede hacer contigo lo que uno quiera. No te prometen libertad personal, sino libertad *nacional*. No te aseguran una autoconfianza humana sino respeto por el Estado; no una grandeza personal, sino una grandeza nacional. Y los aclamas calurosamente porque para *ti* la «libertad personal» y la «grandeza humana» no son sino conceptos vagos, mientras que la «libertad nacional» y los «intereses del Estado» te hacen la boca agua como un hueso para un perro. Ninguno de estos hombres paga el precio de la libertad genuina como hicieron Jesús, Giordano Bruno, Carlos Marx o Lincoln. No te aman, te desprecian *porque tú mismo te desprecias, Pequeño Hombrecito*. Te conocen muy bien, mucho mejor que lo que te puedan conocer los Rockefeller o los Tóries. Conocen tus

peores debilidades de una forma en que sólo *tú* deberías conocerlas. Te han sacrificado a un símbolo y los conduces al poder sobre ti mismo. Tus amos han sido elevados por ti y sólo por ti, y son alimentados por ti, a pesar del hecho -o mejor, debido al hecho- de que han dejado caer todas las máscaras. Por supuesto, te dicen de muchas maneras: «tú eres un ser inferior sin responsabilidad, y tienes que recordarlo». Y los llamas «salvadores», «Nuevos Liberadores», y los aclamas «Heil, Heil» y «Viva, Viva»!

Es por todo esto que te tengo miedo, Pequeño Hombrecito, un miedo mortal. Porque de tí depende el destino de la humanidad. Te tengo miedo porque no hay nada de lo que huyas más que de tí mismo. Estás enfermo, ¡muy enfermo!, Pequeño Hombrecito. No es culpa tuya. Pero es tuya la responsabilidad de curarte. Desde hace tiempo te habrías liberado de tus opresores si no hubieras tolerado la opresión y no la hubieras apoyado tan activamente. Ninguna fuerza policial del mundo sería suficientemente poderosa para suprimirte si tuvieras sólo un ápice de autorespeto en la práctica diaria de vivir, si supieras profundamente, que sin ti la vida no duraría ni una hora. ¿Te contó esto tu «liberador»? No. Te llamó «Proletariado del mundo», pero no te contó que tú, *y solamente tú*, eres responsable de tu vida (en lugar de ser responsable del «honor de la madre patria»).

Debes comprender que hiciste de tus pequeños hombres tus propios opresores, y que hiciste mártires de tus hombres auténticamente grandes; que los crucificaste y asesinaste y les dejaste morir de hambre; que ni siquiera tuviste un pensamiento para ellos y su trabajo por ti; que no tienes idea de a quién debes las plenitudes, cualesquiera que sean, que existen en tu vida.

Dices, «Antes de creerte quiero conocer tu filosofía de la vida.» Cuando oigas mi filosofía de la vida, te irás corriendo a tu juez municipal, o al «Comité contra las actividades-antiamericanas», o al FBI, al GPU, o a la «Prensa Amarilla», o al Ku-Klux-Klan o a los «Líderes de los Proletarios del Mundo», o, por último, sencillamente echarás a correr.

No soy Rojo ni Negro ni Blanco ni Amarillo.

No soy Cristiano ni Judío ni Mahometano, ni Mormón, ni Poligamio, ni Homosexual, ni Anarquista ni Boxer.

Abrazo a mi mujer porque la amo y la deseo y no porque tenga un certificado de matrimonio o porque esté sexualmente hambriento

No pego a los niños, no pesco ni cazo ciervos o conejos. Pero soy un buen tirador y me gusta dar en el blanco.

No juego al bridge ni organizo fiestas para extender mis teorías. Si mis enseñanzas son correctas se extenderán por sí mismas.

No someto mi trabajo a ningún oficial sanitario a menos que lo haya profundizado mejor de lo que yo lo he hecho. Y Yo determino quién ha profundizado el conocimiento y los vericuetos de mi descubrimiento.

Respeto estrictamente toda ley razonable, pero la combato cuando es obsoleta o sin sentido. (No corras al juez municipal, Pequeño Hombrecito, ya

que él hace lo mismo si es un individuo decente).

Quiero que los niños y los adolescentes experimenten su felicidad corporal en el amor y que la disfruten sin ningún peligro.

No creo que para ser religioso en el auténtico sentido de la palabra, uno tenga que arruinar su vida amorosa, rigidizarse y reprimirse en cuerpo y alma.

Sé que lo que tú llamas «Dios» existe realmente, pero de manera diferente a lo que tú piensas: como la primordial energía cósmica en el universo, como el amor en tu cuerpo, como tu honestidad y tu sentimiento de la naturaleza en tí mismo y a tu alrededor.

Echaría a cualquiera que, bajo cualquier baladí pretexto viniera a intentar interferir en mi trabajo médico y educativo con los pacientes, y los niños. En cualquier juicio a puerta abierta, le preguntaría algunas cosas muy simples y claras que no podría responder sin sentirse avergonzado para siempre. Ya que soy un hombre trabajador que conoce los mecanismos internos del hombre, que sabe que tiene algún valor, y que quiere que el trabajo gobierne el mundo y no las opiniones sobre el trabajo. Yo tengo mi propia opinión, y puedo distinguir una mentira de la verdad

la cual utilizo, cada hora del día, como una herramienta que, después de usarla, guardo limpia.

Tengo miedo de tí, Pequeño Hombrecito. No siempre fue así. Yo mismo fui un Pequeño Hombrecito, entre millones de Pequeños Hombrecitos. Entonces llegué a ser un científico natural y un psiquiatra, y aprendí a ver cuán enfermo estás y cuán peligroso te hace tu enfermedad. Aprendí a ver el hecho de que es tu propia enfermedad emocional, y no una fuerza exterior, la que, cada hora y cada minuto, te anula, incluso aunque no exista ninguna presión externa. Habrías vencido a los tiranos hace tiempo, si interiormente hubieras estado vivo y sano. Tus opresores provienen de *tus propios* medios, así como en el pasado provenían de los estratos superiores de la sociedad. Incluso son más pequeños de lo que tú eres, 'Pequeño Hombrecito. Ya que se necesita una buena dosis de mezquindad para saber de tus miserias a través de la experiencia y entonces utilizar este conocimiento para anularte *todavía mejor, aún más duramente*.

No posees el órgano sensorial para captar al hombre verdaderamente grande. Su modo de ser, su sufrimiento, su anhelo, su trayecto, su lucha por tí te es desconocida.

No puedes comprender que existen hombres y mujeres que son incapaces de suprimirte o explotarte, que son los que realmente desean que seas libre, real y honesto. No 'te gustan estos hombres y mujeres porque son extraños para tu ser. Son sencillos y rectos; para ellos, la verdad es lo que para tí son las tácticas. Miran a través tuyo, no con mofa sino dolidos ante el destino de los humanos; pero te sientes traspasado por su mirada y en peligro.

Sólo los aclamas, Pequeño Hombrecito, cuando muchos otros Pequeños Hombrecitos te dicen que estos grandes hombres son grandes. Tienes miedo de los grandes hombres, de su proximidad a la vida y de su amor por la vida. El gran hombre te ama simplemente como a un *animal viviente*, como a un *ser vivo*. No quiere verte sufrir como has sufrido durante miles de años. No desea oír tu parloteo como has parloteado durante miles de años. No quiere verte como una bestia de carga, ya que él ama la vida y quisiera verla libre de sufrimiento e ignominia.

Empujas a los hombres realmente grandes al punto de despreciarte, cuando dañados por tí y tu pequeñez se retiran, te evitan y, -lo peor de todo-, empiezan a *compadecerte*. Si acontece que tú, Pequeño Hombrecito, eres un psiquiatra, dígase un Lombroso, juzgan al gran hombre como a una especie de criminal, o un criminal que ha fracasado en serlo..., o un psicópata. Ya que el gran hombre, a diferencia tuya, no ve el interés de la vida en amontonar dinero, ni en la boda socialmente adecuada de sus hijas, ni en una carrera política, ni en un título académico, ni en el Premio Nobel. Por esta razón, porque no es como tú, le llamas «genio» o «excéntrico».

El, por su parte, trata de afirmar que no es un genio, sino simplemente un ser humano. Lo llamas «asocial» porque prefiere el estudio, con sus pensamientos, o el laboratorio, con su trabajo, al chismorreo, tus vacías «fiestas» de sociedad. Lo llamas loco porque gasta su dinero en la investigación científica en lugar de comprar acciones y mercancías como haces tú.

Te atreves, Pequeño Hombrecito, en tu inconmensurable degeneración, a llamar «anormal» al hombre simple y honrado, si se lo compara contigo, el prototipo de la «normalidad», el «*homo normalis*». Lo mides con tu miserable criterio y te parece que no alcanza las aspiraciones de tu normalidad. No puedes ver, Pequeño Hombrecito, que eres tú quien lo arrojas, -a él que está lleno de amor por tí y presto a ayudarte fuera de la vida social ya que la has hecho insufrible, tanto en la taberna como en el palacio. ¿Quién lo ha convertido en lo que parece ser, después de muchas décadas de romperse el corazón a base de sufrimientos? ¡Eres tú! con tu irresponsabilidad, con tu mojigatería, tu falso razonamiento, tus «inamovibles axiomas» que no pueden sobrevivir diez años de desarrollo social. Piensa simplemente en todas las cosas que jurabas eran correctas durante tan pocos años como el lapso entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. ¿Cuántas de ellas has reconocido honestamente que eran erróneas, de cuántas te has retractado? Absolutamente de ninguna, Pequeño Hombrecito. El hombre verdaderamente grande piensa cautamente, pero una vez que ha llegado a sustentar una idea importante, piensa en términos de largo alcance. Eres tú, Pequeño Hombrecito, quien trata de paria al gran hombre cuando su pensamiento es *correcto y duradero* y tu pensamiento es insignificante y efímero. Convirtiéndolo en un paria siembras en él la terrible semilla de la soledad. No la semilla de la soledad, que produce hazañas, sino la semilla del miedo a ser malentendido y maltratado por tí. Ya que tú eres «la gente», «la opinión pública» y «la conciencia social». ¿Jamás has pensado honestamente, Pequeño Hombrecito, en la gigantesca responsabilidad que esto implica? ¿Alguna vez -y honestamente- te has preguntado a tí mismo si tu razonamiento es correcto, desde el punto de vista de los acontecimientos sociales de largo alcance, de la naturaleza, de las grandes empresas humanas, por ejemplo la de un Jesús? No, no te preguntaste jamás si tu pensamiento era erróneo. Por el contrario, te preguntabas qué es lo que tu vecino iba a decir sobre ello, o si tu honestidad podría costarte dinero. Esto, y nada más, Pequeño Hombrecito, es lo que te preguntaste a tí mismo.

Después de haber conducido así al gran hombre a la soledad, te olvidaste de lo que le habías hecho. Todo lo que hiciste fue proferir otras tonterías, cometer otras pequeñas vilezas, causarle otra profunda herida... y olvidarte.

Pero es de la naturaleza de los grandes hombres no olvidar, pero también no vengarse, sino por el contrario, intentar ENTENDER PORQUE ACTUAS TAN MEZQUINAMENTE.

Ya sé que esto también es ajeno a tu pensar y sentir. Pero créeme: si un centenar de veces, mil, un millón, inflinjes heridas que no puedes curar - incluso aunque al poco tiempo te olvides de lo que hiciste- el gran hombre sufre por tus delitos en tu lugar, no debido a que éstos sean grandes delitos,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

